

da por la extrema derecha para soliviantar a los sectores católicos y aprovecharse del posible caos subsiguiente, pero rápidamente adjudicada a los "grupos de la izquierda extraparlamentaria", asistimos a los esfuerzos del diputado fascista Grifoni, dirigente del complot, por aunar en su tentativa a los militares más reaccionarios. Hombres ya muy maduros, retirados en su mayoría, nostálgicos de Mussolini, empeñados en acabar con la "maldita democracia", van entrelazándose hasta que suena la "hora H" del alzamiento. Con la cobertura económica de un gran industrial católico al que chantajea con la amenaza de sacar a la luz una cuantiosa estafa que realizó al Ejército; y haciéndose portavoces de una ideología nacionalista y ultraconservadora, los coroneles se lanzan sin pensarlo dos veces a la aventura golpista: la debilidad de sus fuerzas será compensada, según su planteamiento, por el efecto de sorpresa en que basan toda la estrategia dispuesta.

Pero estos coroneles son bufos, ridículos, chocheantes; nadie puede creer ni por un momento que su tentativa va a tener éxito. "Terminar la película con el fracaso del golpe de Estado sería como contar la historia de cuatro imbéciles sin ninguna profundidad", reconoce Monicelli, consciente del grave peligro que ofrecía la vía humorística de "Vogliamo i colonnelli". Peligro de mostrar a la extrema derecha como una colección de estúpidos, de viejecitos dispuestos suicidamente a quebrar la estructura del Estado, pero sin que supongan un verdadero peligro para éste; de hombres aferrados a un tiempo pasado al que desean, impotentemente, retornar.

El cine, más caro

El precio de las entradas de cine ha sufrido esta semana un aumento del 25 por 100. La proporción es excesiva, pero nada es ya alarmante en la escalada de precios. Sin embargo, parece que este aumento no afecta a los índices del coste de la vida, dado que el cine no está considerado como un bien de primera necesidad.

Esta consideración es la primera que se hacía en un informe redactado por una entidad autodenominada Centro de Estudios Cinematográficos Independiente, S. A., cuyo primer signo de independencia fue demostrar la necesidad urgente de subir el precio de las entradas. Los razonamientos para aseverar su supuesto eran, en general, bastante peregrinos. A pesar de lo cual, las autoridades correspondientes no han dudado en aceptarlos.

Según CECINSA, el aumento en la taquilla supondrá un aumento de la calidad cinematográfica de las películas nacionales. CECINSA oculta que el sistema de control de los ingresos de taquilla sigue siendo en España fraudulento, que no es posible una investigación real de los espectadores de cada película y que, por lo tanto, difícilmente el aumento en la entrada repercutirá automáticamente en los ingresos del productor. Sin tener en cuenta que el aumento favorece primordialmente a las distribuidoras radicadas en España (en su mayor parte norteamericanas), cuyo "nivel de calidad" no depende de los cinco duros que ahora han aumentado los locales de estreno.

Decía CECINSA que con el aumento habría una menor diferencia de tiempo entre el estreno mundial de una película y su estreno en España, olvidando, para tan ingenua consideración otros elementos bastante más importantes que padece la cinematografía española. Si CECINSA (independiente ella) quiere demostrarnos que no hemos podido ver "Viridiana" o "Novecento" porque el cine no costaba bastante, tendremos que reírnos en sus doctas barbas especializadas. Como cuando dice, para demostrar que se puede subir el precio de la entrada, que en muchas ocasiones el mercado negro funciona a precio notablemente superior al mercado en la taquilla, sin tener en cuenta que ello es producto del centralismo de la exhibición y de una pésima organización de los estrenos por barrios, antes que de la disponibilidad del espectador a "sufragar un precio más alto cuando la película lo merece". Según esa variante, pienso que cuando se estrena una película como "Pasión", de Tonino Ricci, con María José Cantudo, en un local como el Roxy A, de Madrid (donde no se logra jamás enfocar mínimamente la imagen), los propietarios de la sala deberían pagar a los sufridos y estúpidos espectadores, que hemos cometido el error de acudir al reclamo publicitario de la película. La lógica es sencilla: ¿Quién determina que una película es más cara

que otra? ¿Cuándo cobra el espectador si le venden un producto falso y adulterado? ¿Por qué aumentando el precio de las entradas tenemos que seguir sufriendo la excesiva publicidad de los locales que también ha aumentado sus precios?

Cuando CECINSA dice que, en una encuesta del Instituto de la Opinión Pública, el 45 por 100 de los entrevistados no acudía nunca al cine, no está argumentando la necesidad de subir el precio de la entrada, sino, en cualquier caso, la necesidad de producir unas películas que interesen a esos españoles. El interés de una película ha dependido hasta ahora del control que el cine ha sufrido por parte de la Administración. En España, con independencia de cualquier otro criterio, se ha mantenido (y sigue manteniéndose) la necesidad de gustar a los ejecutivos de turno; los sistemas de protección al cine no han sido sino premios a la buena conducta. En un momento en el que la democratización está a la orden del día, se siguen manteniendo los mismos sistemas censores, los mismos sistemas "de protección" y, en definitiva, la misma estructura fascista que el cine (como España entera) ha sufrido en sus carnes. ¿Cómo puede una entidad "independiente" ignorar las razones reales que han hecho del cine español lo que es? Que los exhibidores quieren ganar aún más dinero en menos tiempo, es un razonamiento; pero que ello vaya a repercutir en la calidad del cine español y en las condiciones de proyección, es algo tan ausente de rigor que llega a asustar. Que me expliquen qué se hace con "Pasión", que me digan ante quién hay que protestar ante tamaña tomadura de pelo, que me digan cómo se consigue una imagen enfocada debidamente, que CECINSA aclare cómo se puede protestar ante los atentados que la censura impunemente comete contra obras cinematográficas que no ven disminuido su precio de taquilla de la misma forma que se disminuye su integridad, que me cuenten cómo se pueden denunciar los continuos fraudes en publicidad cinematográfica que tergiversa títulos, referencias, éxitos; que, en fin, me digan, cómo se puede defender al espectador, hace valer sus derechos ciudadanos a contemplar el cine que necesita hacerse aquí, el que ya se hace fuera y el que permite poder acudir al cine sin ese riesgo atormentador de cuál va a ser la engañifa del día. Que CECINSA (independiente ella) se moleste en defender el cine según la clasificación que la UNESCO hizo de él: un instrumento educativo, científico y cultural. Que no hace falta que los "independientes" defiendan los intereses de los exhibidores y distribuidores, sino los del espectador y, en cualquier caso, incluso los del productor en orden a clarificar el sistema de ingresos que permita realmente conocer cuánto dinero da una película y por qué... Los cines, no obstante, han subido de golpe y aquí no hay quien proteste. ■ DIEGO GALAN.



"Vogliamo i colonnelli" ("Queremos a los coroneles", 1973), de Mario Monicelli.

Sabemos muy bien —lo sabemos trágicamente en España, años atrás y ahora mismo— que esto no es así, que la extrema derecha significa una amenaza real, actuante, asesina. Y por ello, viendo transcurrir las imágenes de "Queremos a los coroneles", temíamos que resultasen tan divertidas como equivocadas, al ofrecernos únicamente a estos ultras de pandereta, a estos inofensivos bufones, jugando a hacer la guerra.

Sin embargo, la película toma en su parte final un espléndido giro que disipa ese "grave peligro" al que antes nos referíamos. No es de ridículas aventuras como la de estos coroneles retirados de donde nos puede ve-

nir el fascismo, sino de otras fuerzas derechistas mucho más ocultas y discretas, que eso sí —aprovechan las acciones de aquellos para imponer un "orden nuevo", el mismo que intentaban implantar los viejos militares, pero con maneras "suaves" y equivocadas. "Con 'Vogliamo i colonnelli' queríamos hacer una llamada al espectador, al ciudadano, para que se ponga en guardia contra el fascismo, no dejándose cegar por episodios particularmente espectaculares que pueden disimular otras 'operaciones indoloras' a largo plazo mucho más peligrosas", añade también Monicelli, confirmando que la verdadera amenaza se halla encubierta en los propios